

3.2 La ética epicúrea

Las enseñanzas de Epicuro (341-270 a. C.), nacido en Samos, a pesar de no haber ejercido gran influencia en la filosofía posterior, fueron muy estimadas en su época, y sus máximas eran sumamente respetadas por sus contemporáneos.

Epicuro fue el creador de una comunidad denominada "los filósofos del jardín", puesto que era en el jardín de una casa que Epicuro adquirió en Atenas donde un grupo no solo de hombres sino también de mujeres (cosa novedosa si la comparamos con el Liceo de Aristóteles o la Academia de Platón) se reunía para cultivar la amistad y la Filosofía. Estas dos eran para Epicuro las claves para conseguir la felicidad y, por consiguiente, a ellas dedicó su vida. Y puesto que la Filosofía permitía alcanzar la felicidad, toda persona debía dedicarse a ella. Así lo expresaba el autor:



Para Epicuro toda edad es propicia para dedicarse a la Filosofía (Los tres filósofos, cuadro del pintor renacentista italiano Giorgione).

*"Ni el joven postergue el filosofar ni el anciano se aburra de hacerlo, pues para nadie está fuera de lugar, ni por muy joven ni por muy anciano, el buscar la tranquilidad del alma. Y quien dice que no ha llegado el tiempo de filosofar o que ya se ha pasado es semejante a quien dice que no ha llegado el tiempo de buscar la felicidad o que ya ha pasado. Así, deben filosofar ancianos y jóvenes: aquellos para enseñar a los jóvenes y estos para reunir al mismo tiempo juventud y experiencia."*¹⁶

Pero ¿qué era la felicidad para Epicuro? La felicidad estaba dada por la conjunción de dos factores, la ausencia de preocupaciones (en griego, "ataraxia") y el placer ("hedoné" en griego), razón por la cual se considera a Epicuro uno de los principales representantes del hedonismo.

Analicemos, entonces, dos factores.

En primer lugar, ¿cuáles son las preocupaciones que el filósofo proponía evitar? Son fundamentalmente tres: el temor a los dioses, el temor a la muerte y el temor al futuro.

Contrariamente a lo que muchos detractores del epicureísmo afirmaban, Epicuro no parecería haber sido ateo. Sin embargo, los dioses eran, para él, seres demasiado alejados de nosotros, los humanos, y no se preocupaban por nuestras vicisitudes, por lo que carecía de sentido temerles.

En cuanto al temor a la muerte, Epicuro lo consideraba un sinsentido, puesto que *"todo bien y todo mal residen en la sensibilidad, y la muerte no es otra cosa que la pérdida de la sensibilidad misma"*.

También lo expresaba el filósofo en otras palabras, las que se transformaron en una célebre argumentación:

*"La muerte, pues, el más horrendo de los males, en nada nos pertenece, pues mientras nosotros vivimos no ha llegado y cuando llegó ya no vivimos. Así, la muerte no va contra los vivos ni contra los muertos pues en aquellos todavía no está y en estos ya no está más."*¹⁷

Esta concepción de Epicuro trasciende el tema de la muerte en sí. Detrás de ella se esconde una valoración de la vida fundamental en su filosofía. Lo que nos propone no es una teoría abstracta sino, como muchos la han considerado, una sabiduría de vida, caracterizada por el optimismo y la admiración ante la existencia misma del mundo y del hombre. Esta afirmación de la vida fue encarnada por el mismo Epicuro, aun en los momentos finales de su vida, cuando afrontó con fortaleza y optimismo la enfermedad renal que finalmente lo llevó a la muerte.

Por último, carece también de sentido temerle al futuro, puesto que *"el futuro ni depende enteramente de nosotros ni tampoco nos es totalmente ajeno, de modo que no debemos esperarlo como si hubiera de venir infaliblemente ni tampoco desesperarnos como si no hubiera de venir nunca."*¹⁸

Y, ya que el destino no existe, poseemos algunas cosas por el azar, y otras por obra nuestra, y son estas últimas las que debemos atender.

El otro factor para lograr la felicidad, juntamente con la "ataraxia", es la obtención del placer. ¿Debemos entender esto en el modo en que lo hicieron los antecesores del epicureísmo, los cirenaicos, encabezados por Aristipo, que sostenían que debe buscarse el placer del momento, sin atender a la tranquilidad y al reposo espiritual? Definitivamente no. Hay dos elementos que permiten diferenciar claramente la propuesta de Epicuro de la de Aristipo.

En primer lugar, Epicuro ponía especial empeño en diferenciar tres tipos de deseos: los **naturales y necesarios** (por ejemplo, satisfacer nuestro apetito con el simple y saludable pan de todos los días), los **naturales y no necesarios** (disfrutar de una comida sabrosa, así como disfrutar de los placeres espirituales) y los **no naturales ni necesarios** (asistir a un opíparo banquete), a los que también llama vanos o superfluos. Los placeres naturales no sólo son permisibles sino que son buenos; por el contrario, el deseo de placeres superfluos debe ser evitado. Podemos afirmar por esto que la ética hedonista es una ética naturalista, en tanto identifica lo natural con lo bueno. En las palabras del autor, *"todo placer es un bien en la medida en que tiene por compañera a la naturaleza"*. Los placeres vanos no son buenos porque, a la larga, nos acarrearán dolor; no sólo son más difíciles de conseguir, sino que además son más fáciles de perder.

"Tenemos por un gran bien el contentarnos con lo suficiente, no porque siempre debemos tener poco, sino para vivir con poco cuando no tenemos mucho, estimando por muy cierto que disfrutaban equilibradamente de la abundancia y la magnificencia los que menos la necesitan, y que todo lo natural es fácil de conseguir mientras que lo vano es muy difi-

(2)

cil de obtener. Asimismo, los alimentos fáciles y sencillos son tan sabrosos como los complicados y costosos cuando se elimina todo lo que puede causarnos el dolor de carecer de estos. El pan ordinario y el agua producen el mayor de los placeres cuando llega a obtenerlos un necesitado.

El acostumbrarse, pues, a comidas simples y nada magníficas es útil para la salud, lleva al hombre a preocuparse por las cosas necesarias para la vida, lo pone en mejor disposición para concurrir de vez en cuando a los banquetes suntuosos y lo prepara ante los vaivenes de la fortuna. Así, cuando decimos que el placer es el fin no queremos entender los placeres de los lujuriosos o los que consisten en el goce material como se figuran algunos ignorantes de nuestra doctrina o contrarios a ella o que la entienden erróneamente, sino que unimos el no padecer dolor en el cuerpo con el tener el alma tranquila.¹⁹

Juntamente con esta triple diferenciación de los deseos, Epicuro nos habla de la importancia de poseer una virtud sin la cual es imposible elegir y ordenar los placeres. Esta virtud es la **prudencia**, y gracias a ella podemos desechar un placer si éste nos ocasionará un mal futuro, aceptar un mal cuando su consecuencia sea un placer superior o no caer en la aceptación ciega de un placer si esto nos impide la adquisición posterior de un placer mayor o más elevado.

*"Todo placer es un bien (...) pero no se ha de elegir cualquier goce. También todo dolor es un mal pero no siempre se ha de huir de todos los dolores. Debemos, pues, discernir tales cosas por comparación y juzgarlas con respecto a su conveniencia o inconveniencia, pues en algunos momentos huimos del bien como si fuese un mal y, al contrario, buscamos el mal como si fuese un bien."*²⁰

El discernimiento de los distintos placeres y la recta prudencia nos permiten, en síntesis, acercarnos a una vida feliz, lo cual constituye el objeto de la Filosofía. Sin embargo, esto debe interpretarse en relación con la noción de "ataraxia" antes vista. Epicuro valoraba como placer fundamental la tranquilidad del alma y la ausencia de dolor. Si atendemos a la distinción que con frecuencia se hace entre placeres activos y placeres pasivos, podemos afirmar que el filósofo localizaba su búsqueda en los segundos, esto es, en el placer en reposo, a diferencia de Aristipo, que ensalzaba los primeros.

*"La ausencia de turbación (ataraxia) y de dolor (aponía) son placeres estables; en cambio, el goce y la alegría resultan (placeres) en movimiento por su vivacidad. Cuando decimos, entonces, que el placer es el fin, no queremos referirnos a los placeres de los intemperantes o a los producidos por la sensualidad (...) sino en hallarnos libres de sufrimientos del cuerpo y de turbaciones del alma."*²¹

En suma, una vida en privación, rodeada de amistades y de placeres moderados, con el mínimo de dolores posibles y tranquilidad en el alma, es lo que nos brindará la felicidad, y hacia eso debe encaminarse el hombre.

*"Ni la posesión de las riquezas, ni la abundancia de las cosas, ni la obtención de cargos o el poder producen la felicidad y la bienaventuranza, sino la ausencia de dolores, la moderación en los afectos y la disposición de espíritu que se mantenga en los límites impuestos por la naturaleza."*²²

3.3 La ética estoica

La escuela que propone esta ética fue fundada en Atenas alrededor del año 300 a. C. y, si bien podemos encontrar ciertas coincidencias entre ella y el epicureísmo, se la creó en oposición al planteo de Epicuro.

Para los integrantes del estoicismo, quienes originariamente acostumbraban reunirse alrededor de un conocido pórtico de la ciudad de Atenas ("stoa" en griego significa "pórtico", de ahí el término "estoico"), la parte central de la Filosofía es la Ética, y el objetivo de esta es mostrar al hombre el camino para lograr la felicidad. Esto es posible aun encontrándose en las circunstancias más adversas. Requiere, eso sí, un esfuerzo. Los filósofos del pórtico enseñaban que para lograrlo, el hombre debe aceptar su destino con imperturbabilidad y resignación. Cada hombre tiene, para el estoicismo, un destino inexorable, y solo será feliz cuando desista de todo intento de modificarlo y finalmente lo acepte.

El estoicismo, que surgió en Atenas encabezado por Crisipo, se extendió luego al Imperio Romano y tuvo allí importantes representantes, entre quienes se destacaron Séneca (3-65 d. C.), consejero de Nerón, que debió acabar con su vida abriéndose las venas por imposición de este emperador, Epicteto (50-138 d. C.), esclavo romano luego liberto, y Marco Aurelio (121-180 d. C.), el emperador filósofo.

¿Cuál es la razón por la cual los integrantes de esta escuela afirmaban que el hombre tiene un destino? Este fundamento debemos buscarlo en la concepción que tenían del Universo.

El cosmos era para ellos un todo ordenado y armonioso ("cosmos" en griego significa "orden"), en el cual los sucesos se producen cumpliendo la ley natural, que es racional e incoercible y a la cual ellos identificaban con Dios. De este modo proponían un sistema panteísta, donde Dios no es un ser que, desde afuera, rige el curso de los acontecimientos marcándoles su ley, sino que es él mismo una ley natural, racional y perfecta. De este modo, ley natural, Dios y Razón son tres nombres de una misma realidad. ¿Qué puesto ocupa el hombre en este cosmos? El hombre es tan solo un momento en el desenvolvimiento de la naturaleza.

El destino de cada hombre puede ser muy diferente; puede ser un esclavo o un hombre libre, puede ser pobre o acaudalado, pero siempre podrá ser feliz, en la medida en que acepte ese destino que se le impuso. Veamos cómo expresa Epicteto esta idea:

*"No olvides, simple actor, que representas una pieza como el autor de la comedia quiere que sea representada. Si tu papel es corto, lo representarás corto; si es largo, lo representarás largo. Si el autor quiere que tú representes el personaje de un pobre, interpreta ese papel con naturalidad; y si es necesario que seas en la pieza un renco, un príncipe, un hombre vulgar, no te preocupes; interprétalo lo mejor posible, pues tu deber es el de representar bien tu personaje; en cuanto al papel que debes desempeñar, no está en ti el escogerlo."*²³

—Este filósofo diferencia dos órdenes de cosas: aquellas que no dependen de nosotros y las que sí dependen. Unas están regidas por el destino y las otras no.

"Nosotros somos los dueños de nuestras opiniones, de nuestros deseos, de nuestras aversiones, en una palabra, de todas nuestras obras; mas no dependen de nosotros nuestro cuerpo, ni las riquezas, ni la reputación, ni las dignidades, en una palabra, nada de lo que no sea una de nuestras obras personales."

*Las cosas que dependen exclusivamente de nosotros son libres por su naturaleza; no hay traba ni obstáculo alguno que se lo impida; por lo contrario, aquello que no depende de nosotros es débil, está sujeto a la esclavitud y a la dificultad, muchas veces expuesto a los caprichos de otro."*²⁴

Frente a aquellas cosas que no dependen de nosotros debemos mantenernos imperturbables. Nada debe alterar nuestra tranquilidad de ánimo. Leamos ahora a Séneca:

*"Tal como tantos ríos, tanta lluvia que se precipita (...) no cambian ni atenúan la salsedumbre del mar, de la misma manera el ímpetu de las adversidades no pliega el ánimo del fuerte (...) No digo que sea insensible a ellas, sino que las vence. No es invulnerable aquel que no es herido, sino aquel que no puede ser ofendido; por este signo reconoceré al sabio."*²⁵

Para no sufrir por no obtener aquellas cosas que no dependen de nosotros debemos abstenernos de desearlas, debemos evitar aferrarnos, con nuestros afectos, a las cosas materiales de este mundo, debemos saber que ellas están sujetas al destino, y este puede arrebatarlas en cualquier momento. Veamos algunos ejemplos concretos:

¿Cómo nos propone Epicteto obrar frente a nuestros seres queridos?

*"En todas las cosas, bien se trate de lo agradable o de lo útil, o de un objeto de afección, no dejes de preguntarte qué es en sí, empezando por las cualidades menos importantes. Si tienes un vaso de arcilla, dite: 'Es un vaso frágil lo que aprecio' y si se rompe no por eso te enfadarás. Si abrazas con cariño a tu hijo o a tu mujer, piensa que es una criatura humana lo que tienes en tus brazos; y si la muerte te lo arrebatara, no experimentarás por eso trastorno alguno."*²⁶

¿Y frente a los honores y la gloria política?

*"Puedes ser invencible, con la condición de no aceptar ningún combate en el cual no dependa de ti el obtener la victoria. Cuando ves un hombre lleno de honores, elevado a lo más alto del poder o gozando de gran popularidad, no le creas por eso completamente dichoso, ni te dejes conquistar por tales apariencias. Si es verdad que la dicha perfecta está unida a las cosas que dependen únicamente de nosotros, los bienes extraños nunca deben causar-nos envidia ni celos. Por tu parte no tendrás la ambición de llegar a pretor, senador o cónsul, sino que preferirás ser libre. Luego, no hay sino una manera de serlo, que es la de despreciar todo aquello que no depende de nosotros."*²⁷

¿Y cómo actuar frente a las ofensas de quienes nos rodean?

"Cuando estés a punto de emprender alguna cosa, recuerda con exactitud qué es la cosa de la cual se trata. Supongamos que sales a tomar un baño; representate lo que pasa de ordinario en los baños públicos: hay personas que salpican el agua, que empujan, que insultan, que roban. Así, tú sabrás guardarte mejor contra todo aquello que te pueda acontecer que te sea desagradable, y más aún si para ti mismo dices por ejemplo: 'Voy a ir a bañarme, y allí he de conducirme con arreglo a mis principios y sin apartarme de mi carácter'. Al comenzar cualquier asunto, procura hacerte el mismo razonamiento. Si te sucede

(4)

en el baño algún incidente, te harás esta reflexión al momento: 'Yo no voy solamente con la intención de tomar un baño, sino también con la de conducirme conforme a mis principios y conservar mi carácter: luego, no lo conservaré si me indigno de lo que pasa allí'."²⁸

Los ejemplos previos preanuncian cómo se ha de aplicar la doctrina estoica a un tema central en esta filosofía: el tema de la muerte. ¿Cómo debe obrar el hombre frente a su propio fin? La respuesta se infiere a partir de la siguiente alegoría que propone Epicteto:

*"En un viaje por mar, cuando el barco se detiene en un puerto, si tú saltas a tierra para hacer provisión de agua, podrías recoger de paso ya sea una conchilla o bien una cebolla, pero siempre deberás mirar hacia el barco, y tener cuidado cuando el piloto te llame, y si te llama abandónalo todo, no sea que te trabe y te arroje al navío como vil cordero. Lo mismo sucede en la vida; que en vez de una cebolla o una conchilla tengas una esposa o un hijo, nadie te impedirá que les rodees de cuidados; mas si el piloto soberano te llama, corre pronto al barco y abandona todo cuanto poseas sin volver la vista hacia atrás; y si eres viejo no te separes mucho del navío, por miedo a que te tome desprevenido cuando venga tu llamamiento."*²⁹

Leamos también cómo plantea Séneca el tema de la muerte:

*"Para no temer nunca a la muerte, piensa siempre en ella. En este mar tan proceloso y expuesto a todas las tempestades, no hay ningún puerto para los navegantes, sino la muerte (...). Por consiguiente ¿qué lloras? ¿Qué deseas? Pierdes el tiempo (...). Has nacido sometido a esa ley (...). ¿No creías que alguna vez habías de llegar a la meta hacia la cual marchabas constantemente? (...) Es menester tener siempre pronta el alma: insidias, o enfermedades, o espada enemiga, o fragor de casas derrumbadas, o destrucción de la tierra (...). La última hora, en la cual cesamos de ser, no realiza por sí misma la muerte, sino que la cumple: llegamos entonces a ella, pero desde mucho tiempo atrás nos encaminábamos a ella."*³⁰